

El pensamiento.

Anónimo



Capítulo 1

El pensamiento.

La reflexión llegó con la venida de las sombras, cuando el ánimo, más vivo a la luz del día, empezaba a desfallecer. Hacía tiempo que aquel hombre, sentado sobre las firmes raíces de un árbol cuyas hojas susurraban al paso de la brisa, tenía la amarga sensación de hallarse perdido en un lugar al que nadie más podía acceder. Al fin, como surgido de la nada o de un todo que era incapaz de comprender, el pensamiento tomó forma súbitamente, revelándole una serie de verdades, las suyas, que despertaron en él una amargura a la que no pudo hacer frente.

Y sin embargo no había nada nuevo en aquel discurrir que con abrumadora claridad le exponía su mente, pues se trataba de un razonamiento en el que, de algún modo, ya había meditado en varias ocasiones. Entonces fueron la turbación y el no querer ver en sus adentros, donde luz y oscuridad habitan por igual, las que le impidieron ahondar en las ciénagas de su ser con objeto de contemplarse a sí mismo, mas es necesaria una gran voluntad para arrebatar la máscara a quien la ostenta y averiguar su identidad, lo que supone derribar los cimientos de todo lo que ha sido construido para contento de los otros, a quienes demasiado se escuchó y en mucho se tuvo, no quedando nada para uno.

Ahora, habiendo ganado una mayor conciencia, el hombre, triste, comprende que, en algún momento, desechó a una parte suya, a la que sepultó bajo los escombros de su propia estupidez, y dio las riendas de su vida a un extraño cuya forma debía a caprichos ajenos, y que rendía pleitesía a cercanos y alejados aun a costa de otorgarse un daño que sufría en silencio y que multitud de sentimientos oscuros hacía brotar en él, cambiando en consecuencia de tal modo que apenas quedaba nada de quien una vez fuera, si es que fue.

No pocas veces había conspirado contra el farsante que usurpara el lugar del que yacía preso en el olvido, odiándolo sin medida, lo que era odiarse a sí mismo, mas fue llegar a esto mismo lo que le hizo entender que preso y farsante, ambos, eran él, y comprendió al fin que enfrentar a uno con el otro no haría más que devastar su empobrecida alma, que suplicaba el final de un tormento del que era cruel víctima. Que si por otros ser amado era lo que buscaba uno, ser amado por uno mismo era lo que el otro ansiaba. Mas fue este último desoído y el anterior tenido demasiado en cuenta, lo que quebró el equilibrio de un espíritu que vagó a la deriva demasiado años, quedando a merced de un mar encrespado, el

de la vida, en el que abundan las galernas y escasean los buenos puertos, que no siempre son divisados.

El hombre no sonrió, pero supo que debía comprender el proceder de quien creía no ser, el farsante, y perdonarle, pues sólo así lograría liberar del todo a quien había sufrido un largo cautiverio del que ambas partes, él, eran responsables, pues lo que uno mucho había abarcado respondía a que el otro lo había cedido. Sólo así podría reconstruirse a sí mismo, lo que suponía una ardua tarea.